
FANTASMA

Un relato de
Víctor Navarro Remesal

Del volumen
**OFICINA DE
RECUERDOS PERDIDOS**

A la venta a partir de
Marzo de 2009

www.OficinaDeRecuerdosPerdidos.com

© Víctor Navarro Remesal

- ¿Alguna vez me echas de menos?

La pregunta me coge por sorpresa. No debería. La hace sin venir a cuento, cambiando de tema con uno de esos giros suyos de ciento ochenta grados que tan bien acabé conociendo.

- ¿Qué? –pregunto, tan sólo para ganar tiempo. Claro que le he oído.

- Pues eso, si me echas de menos... No sé, estar conmigo, el sexo, aunque sea.

Mis dedos están atareados desmenuzando el sobre abierto del azúcar. Es una costumbre automática que tengo, uno de mis muchos rasgos semiautistas. Estoy de suerte: en este momento me viene perfecto para esconder mi perplejidad.

La camarera pasa cerca de mí. Por lo que he observado, puede que sea la dueña del bar. Camina despacio, con un abatimiento que le sigue como una bandada de buitres. Sus rasgos rendidos me recuerdan a una máscara de tragedia griega. No es demasiado mayor, pero su rostro anuncia sin ningún pudor la anciana que será. Me pregunto si es feliz.

Esta momentánea distracción me exime, por esta vez, de responder.

- Déjalo, a veces hago preguntas que están fuera de sitio... –dice ella, resignada, acaso arrepentida–. Ya sabes cómo soy.

Claro que sé cómo eres. Te conozco de sobras, y aún así, te miro y es como si mi cerebro leyera cada parte de ti por primera vez. Eres una hoja que se cae del árbol del pasado, para ir a parar al suelo por el que me arrastro; un pedazo de mí que ha cobrado vida propia y me reencuentra para alardear de su independencia; una plétora de sensaciones agradablemente familiares, que me embaucan para luego descubrirme que no son más que un espejismo vacío.

No es que me extrañe que haya querido verme. Al contrario, de una manera u otra lo estaba esperando. Pero soy incapaz de resolver a dónde se dirige.

- Oye –noto en su voz que el arrepentimiento de antes ya se ha evaporado y vuelve, una vez más, a la carga–, ¿con cuántas has estado?

Arqueo una ceja. Es un gesto tan instintivamente mío que supongo que lo acabó odiando.

- ¿Ves? –dice– En el fondo no lo quiero saber. Pero la curiosidad me supera, no lo puedo evitar.

Es casi fascinante cómo lo consigue. De nuevo esa sensación de estar a su merced, de que ha tomado las riendas. Lo más admirable es que no creo que lo haga de forma voluntaria. Hay algo natural, irreprímible, en ella; algo contra lo que nunca aprendí a protegerme. Cuidado, me digo.

- ¿Por qué me preguntas esto? –contraataca– Creía que te habías olvidado de mí, que ya no importaba. Dijiste que te daba igual, que esperarías a que yo lo asimilara, y luego cambiaste de opinión.

No estoy orgulloso de la acometida, pero al menos me sirve para salir del paso.

- Ya. Fuiste tú quien cambió de opinión en primer lugar.

Reprimo el topiquísimo “touché” y hurgo entre mi arsenal en busca de algún escudo.

- Ya sabes por qué. No es algo que yo pueda controlar.

No he sonado muy convincente. De repente, me preguntó por qué nunca he logrado tener ninguna relación normal; si es por mi, digamos, peculiar condición (como me venía diciendo hasta ahora), o porque (y esta es la repentina revelación) todavía no he escapado de su involuntario influjo.

- Sí que puedes. No te vayas.

Esto sí que no me lo esperaba.

Silencio. Incómodo, espeso silencio. Miro a mi alrededor. No hay mucha gente en este bar modesto y apartado, pero en este exacto segundo siento miles de ojos acechándome.

Al fin, me atrevo a hablar.

- Sabes que no puedo –¿por qué me tiembla la voz?– En realidad, ya me he ido.

- Quédate conmigo –insiste, como si no me hubiera oído.

- No te he visto desde hace mucho... –la pregunta me aterra– ¿por qué ahora?

No responde. ¿Qué pasa? Después de tanto desparpajo, ¿va a haber algo que le cueste decir?

- Es que... –no me mira mientras habla– hasta ahora sabía que estabas cerca.

No quiero seguir con esto, no aquí. Ya me considero bastante afortunado de que nadie me haya reconocido, no quiero tentar a la suerte. ¿No estaba superado ya este tema?

Me despista una fugaz sensación de reconocimiento y extrañeza superpuestos, uno de los *déjà vu* que me asaltan de forma más o menos regular. Esto ya lo he vivido. Han sido más frecuentes estos últimos días. Los nervios, conjeturo.

Una vez tuve un sueño muy vívido en el que me encontraba en la cama de un hospital, conectado a tubos y a máquinas. Era viejo, me estaba muriendo. El presente, en realidad, era ése; lo demás no era más que la larga despedida de una mente que se acababa. *Déjà vu, déjà vécu, déjà fini*; avisos de que vivía en imágenes del pasado.

Aquella forma de absorber (o de que me absorbiese) el tiempo me llegó a resultar natural. ¿Qué otra explicación había para la imposibilidad del presente? Recuerdo viajar en un autobús atestado de gente y pensar “todos los que están aquí probablemente estén muertos”. Todo lo que me envolvía era un espectro del pasado.

Otro recuerdo: una foto en blanco y negro de un joven, enmarcada con cuidado para protegerla (sin éxito) de los inevitables segundos que venían a fagocitarla. Cuando era pequeño solía fascinarme aquel pedazo de tiempo disecado. Estaba en una mesita, sonriendo tímidamente al vacío del salón de mi abuela. Me dijeron que era un hermano suyo que murió joven. Sólo era real porque una foto y una anciana le arrastraban al presente; cuando ambos desapareciesen, aquella vida tan breve no habría existido.

Estoy divagando. Intentaré poner algo de orden.

Me llamo Tommy, morí el siglo pasado. No quisiera sonar exagerado, pero esa particular circunstancia me ha impedido llevar lo que se catalogaría como una vida normal. Aunque he intentado convencerme de lo contrario, mi existencia aquí es un error. He acabado vagando entre la gente, disimulando, esperando a que este error se corrija.

El odio que todo el mundo me profesa con celebrado gusto resulta poco útil al enfrentarme a esta percepción. Tampoco les culpo. De nuevo, no me gustaría sonar exagerado: no se trata de paranoia ni de autodesprecio. Qué más quisiera: colecciono títulos como “el Heraldo del Fatalismo” o “el Hombre que Mató al Libre Albedrío”. (Me gustan así, en mayúsculas, con cierto reconocimiento de consolación.) Algunos creen que voy a hundir el conjunto del pensamiento humano, otros que ya lo he hecho. Quizá sea verdad. O puede que exageren; nunca llegaré a saberlo, así que prefiero esconderme, cual zombi de Heinlein, entre mi desorden y la barra de un bar.

Todo se reduce a tres palabras: “se puede hacer”. Con ellas se abre la epístola que cerró fantasías y debates, el manual menos ortodoxo que se haya escrito, la esquila de la concepción que tenemos de nuestra realidad.

Sin embargo, no empezó así. Hubo un origen más sencillo y trivial, he ahí lo terrible del caso. Tenía trece años, era verano, y mi amigo Jaime y yo buscábamos algo que hacer en el desierto en que se convertía nuestro barrio después de comer. Se le ocurrió a él: podíamos intentar comprobar si se podía viajar en el tiempo.

El experimento se regía por un deber de la lógica casi religioso. Estaba claro que nosotros no podíamos viajar (en ningún momento permitimos a nuestra prepubescente imaginación vendernos al ridículo), pero ¿y si en un futuro era posible? Bastaba con enterrar una carta, pidiendo a quien la desenterrara en una época posterior que nos viniera a visitar a un lugar y un momento concreto. Así de sencillo.

Fijamos la cita para una hora después del protocolario entierro. Intentamos distraernos con cualquier cosa, pero nuestros ojos delataban que ambos veíamos pasar cada segundo como si fuera a atropellarnos. Teníamos miedo. Vaya si lo teníamos. Por eso nos habíamos concedido aquella hora de margen, ¡estábamos aterrorizados! No temíamos a los visitantes que pudieran aparecer en sí, pero la simple visión de alguien de otro tiempo nos escalofriaba. ¿Y si el viaje era posible mucho antes de lo que esperábamos (pongamos, en unas pocas décadas) y los visitantes éramos nuestras versiones adultas? Quizá no lo entendíamos a un nivel consciente, pero si algo como lo que nos habíamos propuesto sucedía, estaríamos yendo en contra de las leyes más básicas de la realidad. Y sin embargo no nos atrevíamos a separarnos ni un metro del solar, no digamos ya de tocar la carta. Creo que no echábamos a correr porque la curiosidad empataba en un pulso al miedo. Fue una de las horas más largas de mi vida.

El momento llegó, el momento pasó. Nadie vino, por descontado. Bromeamos al respecto un par de veces y ocultamos nuestra intranquilidad durante el resto de la tarde. Al anochecer, de camino a casa, volví a pasar por el solar en el que habíamos enterrado nuestra misiva. Pensé una última vez en desenterrarla. Puede que quisiera justificar el fracaso de nuestro plan y pensar que el viaje aún fuera posible, puede que quisiera evitar demostrar que lo era.

Los años se me llevaron con ellos; el mundo cambió, lo único que sabe hacer. Encima de nuestra carta se levantaron un bloque de diez pisos y miles de recuerdos que la taparon. Viajé en el tiempo, después de todo, hacia adelante y demasiado deprisa. Crecí, aprendí, descubrí muchas cosas que se quedaron pequeñas sin su misterio, encontré otras grandezas que no lo necesitaban. Conocí a Amy, la chica que cambió la forma de escribir su nombre a Amie por una canción de Damien Rice, me enamoré de ella, ella se enamoró de mí. Nos quisimos a ciegas, no necesito explicar más.

La carta al futuro había sido digerida por el pasado mucho antes de lo que previmos, hasta que un maldito día, no sé cómo, aparté por casualidad los años, los recuerdos y los diez pisos de hormigón. Ahí seguía nuestro mensaje; aún recordaba hasta la fecha y hora exacta del encuentro. (Sospecho que fue después del sueño del hospital, pero nunca he sido muy bueno ordenando memorias.)

Qué ingenuos habíamos sido. ¿Cómo podíamos haber pensado que funcionaría? Decidí, a modo de divertimento nostálgico, volver a participar en el juego de lógica. Con la seguridad que da la lejanía, me fue fácil encontrar el gran error de nuestro plan: era absurdo confiar al azar la parte más importante, esto es, que el viajero del futuro recibiera nuestra petición. Y entonces sucedió. Nuestro planteamiento tenía fallos en su concepción, pero estos sólo servían para subrayar sus aciertos. Aún se podía hacer.

No me gustaría que nadie me imaginase como uno de esos investigadores obsesionados que pasan días y días tomando notas encerrados en casa, con los ojos desorbitados y musitando palabras ininteligibles, pero lo cierto es que desde entonces no pude pensar en otra cosa. No le dije nada a nadie, ni a Amie, ni siquiera a Jaime. Me entregué a toda la literatura que conseguí sobre el tema. No me importaba lo absurdo que podía sonar desde fuera ni mi total desconocimiento de los fundamentos científicos más elementales. La protección de la cronología que argumentaba Hawking no suponía ningún impedimento, siempre y cuando mi plan no creara ninguna paradoja. Tampoco me desalentó el esperado fracaso de las convenciones de Viajeros del Tiempo que organizaba el MIT: ellos cometían el mismo error que había tenido yo. Rebusqué entre McTaggart y Thorne, entre el presentismo y el cuadridimensionalismo. Perdí la noción de presente, dudé de la realidad del pasado, menosprecié el valor del futuro. Dejé de considerar la fisicidad un signo de consistencia: lo que es ahora puede no ser al segundo siguiente, y por lo tanto no es. Creí volverme loco.

El tiempo perdió la solidez que siempre había tenido a mis ojos, lo cual, extrañamente, me animó. Si no era tan inamovible, tampoco había de serlo mi posición en él. La respuesta me la dieron Novikov y sus *jinnns*. Viendo el viaje temporal como un circuito cerrado, se podía hablar de partículas hipotéticas cuyo ciclo fuera igualmente un bucle sin fin (a las que Novikov llamó *jinnn*). Partículas que fueran a la vez su propia causa y consecuencia.

Empecé a atar cabos. Dando por hecho que el viaje en el tiempo era posible, lo sería tanto en mil años como en aquel momento. Tan sólo era necesario saber cómo. Ya había aprendido que no podía confiar en enviar un mensaje y esperar que llegara a alguien que

supiera cómo hacerlo. Yo no tenía que ser el emisor de aquella carta, tenía que ser el destinatario.

El razonamiento es tan sencillo y obvio que parece un chiste: la carta debía ser algo más que una petición. Sería un *jinn*, la causa de su propia existencia. Lo que tenía que hacer era viajar al pasado, dejarme una carta explicándome cómo lo había conseguido, recibirla, aprender el método y viajar al pasado, para dejarme una carta explicándome cómo... Descubriría los secretos del viaje en el tiempo sin necesidad de ser un genio de la física cuántica, explotando un truco de la lógica.

Totalmente convencido, elegí un lugar para esconder mi mensaje una vez estuviera en el pasado. Esta vez jugaba con ventaja, sabía qué lugares iban a llegar a mi presente. No habría edificios encima de mi tesoro enterrado. Cogí el coche y una pala y me fui a una iglesia abandonada en la cima de un monte cercano. Hasta donde yo sabía, llevaba en ruinas más de cien años.

Ya estaba. Si las piezas de mi razonamiento encajaban, ya estaba hecho.

El sudor hacía que las manos me resbalaran sobre el volante. Los latidos de mi corazón me retumbaban en el interior de los ojos. ¿Estaría ya mi propia carta esperándome? La carta que yo iba a escribir cuando lograra mi ansiado objetivo, y que me había dejado hacía varias décadas a varios metros bajo tierra.

Recuerdo que me sentí más en contacto con el presente que nunca. No se me ocurre otra manera mejor de expresarlo: el presente y yo fuimos uno mientras caminaba hacia la iglesia. Pocas veces he experimentado esa inmediatez, por decirlo de alguna manera, animal. No, al menos, de forma consciente. Tal vez fue la forma en que me despedía de mi cronología.

Minutos después saqué de la tierra una pequeña caja metálica de color azul, y de ella varios papeles amarillentos con un texto escrito con mi letra que comenzaba así: “Se puede hacer. Hoy es 10 de noviembre de 1904.”

Se puede hacer...

- Amie –le hablo como si tuviera algo que decirle, aunque solo he querido romper el silencio.

- No te vayas –insiste ella. Aflora un poco del acento francés que heredó de su madre: señal indudable, como aprendí tras tantos años a su lado, de que está perdiendo las fuerzas.

- Vamos a ver... es que esto ya ha pasado. Yo ya he viajado en el tiempo, es tan inamovible como lo que cené anoche. No lo puedo cambiar, son meros trámites. Mañana cuando salte estaré cerrando un círculo que ya existe.

Agacha la cabeza, reprimiendo las lágrimas.

- ¿Te preocupas por mí? –digo con el tono más amable que puedo– No hay razones, mujer. La gente que ha montado lo de mañana tampoco quiere que vaya a ningún sitio sin seguridad. ¡Menuda tontería! Ya tenemos pruebas de que lo voy a hacer sin que me pase nada. El que intente hacerme algo fracasará, como hasta ahora; fíjate en los del mes pasado.

Amie sigue sin decir nada.

- No es tan terrible –sigo–. Mira, dentro de poco la gente se habrá acostumbrado. Volverán a fijarse en lo inmediato, en su día a día, y les dará igual lo que yo hiciera. Las generaciones que están por venir lo verán algo normal. No es el fin del mundo.

Me estoy excusando a mí mismo. En cuanto desenterré la carta, hace años, supe que me acabarían creyendo, que el proyecto saldría adelante, que yo viajaría. Eran hechos demostrados. Acababa de probar que todo el tiempo ya existe.

Si el futuro es real, significa que vivimos en el pasado. Y si ese futuro tiene a su vez otro futuro, es imposible fijar un punto llamado “presente”. ¿Cómo no dejarse llevar por el nihilismo? ¿Qué sentido tiene nada si vivimos en un pasado que desapareció? Y si lo que está por venir ya ha sucedido, ¿qué valor tienen nuestras decisiones? ¿Hasta qué punto somos responsables?

No, desde luego no les culpo por odiarme. A veces es inevitable querer matar al mensajero. Me figuro que deben odiarse a ellos mismos de igual manera, por fantasear tantas veces con la respuesta que yo les he dado.

- A mí eso me da igual –dice ella.

- ¿Entonces?

- Es lo que escribiste... escribirás... –hace un gesto de desagrado– al final de tu carta.

Esas palabras. Mientras que las primeras de mi mensaje son las que pasarán a la historia, son las últimas las que me han hecho ser lo que soy.

“No volveré.”

Podría haber vivido con lo que descubrí. De hecho, una vez que lo hice, perdió todo su interés. Pero ese cierre, esa maldita despedida, es lo que me ha separado de mi vida. No puedo fingir que formo parte de este mundo después de haberlas leído.

- ¿Por qué tuviste que escribir esa carta? –grita ella.

- ¿Crees que no me arrepiento? –respondo con la misma energía– ¡Ojalá me hubiera quedado quieto! Tú no te imaginas lo que es no poder vincularte a nada, porque en algún momento te irás a otro siglo y no lo volverás a ver. ¡A otro siglo! ¡No sabes la de horas que he dedicado a buscar mi propia tumba entre las más viejas de los cementerios! Otra vez silencio, sólo que ahora apenas me doy cuenta. Me abstraigo a causa de lo que acabo de decir; nunca lo había pronunciado en voz alta.

- ¿Aún me quieres? –me pregunta Amie.

- ¿Qué tal ése con el que estás ahora? –respondo sin pensar.

Veo una lágrima brotar de sus ojos justo antes de que se los tape. No sé por qué he tenido esta reacción tan severa, no se la merece. De todos modos, ¿qué podría decirle? Ni siquiera yo tengo una respuesta.

Creo que le odio. Es lo primero que se me ocurre, le odio. Al tenerla cerca una desazón inexplicable me debilita. Odio todo lo que tiene que ver con ella, odio la gente con la que se relaciona, una panda de egocéntricos, egoístas, egotistas. Odio que cuando le tengo cerca, por un momento olvido la sensación de abandono, de desarraigo, que me está consumiendo. Y lo odio porque sé que sólo es una ilusión, y esa falsa luz reconfortante sólo expone más mi soledad.

Una vez estuve con una chica a la que le confesé que, desde que descubrí mi futuro, me sentía solo. Su respuesta fue clara: “Nacemos solos y morimos solos. Todo lo que hacemos en medio para negarlo no son más que engaños”.

Aunque tengamos gente alrededor, hay cosas que nadie puede hacer por nosotros. La soledad, ciertamente, parece inevitable. Nadie va a saltar por mí, nadie viajará a 1904 en mi lugar. Tal vez por eso he centrado todas mis fuerzas en esperar ese momento y, sobretodo, lo que vendrá después. He leído cuanto he podido sobre la época, me he mentalizado de mi mudanza allí hasta tal punto que mis costumbres actuales me resultan extrañas. Lo sé, lo sé, puede que no sea más que una vía de escape a mi incomodidad aquí, en el siglo XXI, pero el viaje que haré mañana se ha convertido en mi particular salvación.

Y aún así, en este momento, lamento tener que despedirme de Amie. Creo que me obligo a odiarla porque tiene un presente sin mí, porque sin ella nunca he dejado de estar solo. Porque, muchas mujeres después, ella sigue siendo la última que me dijo “te quiero”.

Me levanto, me acerco a ella y le beso en la mejilla.

- Has sido muy importante en mi vida, muy importante –le susurro–. Siempre te estaré agradecido, no sabes cuánto.

Me alejo, sin dejarle responder. No miro atrás, pero sé que ella me sigue con la vista.

- ¡Intentarán matarte! –me grita.

- ¡Tendrán que hacerlo a partir de 1904! –le digo, con el tono más jovial que logro.

Se queda allí, con toda una vida por delante, mientras yo sigo sin saber si estoy vivo o muerto, como el gato de Schrödinger en su caja. Nunca volveremos a vernos.

Ya no me queda nada por hacer aquí. Se acabó la despedida, empieza el viaje.

Hoy he visto mi último amanecer en este siglo. Qué extraño. Por fin ha llegado el día y, sin embargo, no siento nada especial. En unas pocas horas respiraré el aire de 1904, me cruzaré con gente muerta largo atrás. Y, sin embargo, nada. Ni excitación, ni una especial melancolía.

Me voy.

Lo hemos preparado todo no muy lejos de la iglesia donde tendré que enterrar la carta. Estoy aquí, de pie, rodeado de toda la parafernalia necesaria y con un círculo de público observándome sin descanso. Soy como uno de esos presos a punto de recibir la pena de muerte. Hombres, mujeres, cámaras, medidores... todos me miran, y yo nunca me he sentido más inerme, más desabrigado.

He aquí la inevitable soledad.

Me descubro buscando a Amie entre el público. Qué idiota. Le agradezco en silencio que no haya venido; hubiera puesto las cosas mucho más difíciles.

Miguel, uno de los ingenieros que participan en el proyecto, se acerca a mí. Siempre ha sido muy simpático conmigo; su compañía me tranquiliza un poco.

- Comandante Tom, aquí control terrestre –bromea–. Es hora de dejar la cápsula, si te atreves.

- Las estrellas se ven muy diferentes hoy –respondo. La broma privada es, a la vez, nuestra señal pactada. Es la hora.

Sujeto firmemente los papeles, los bolígrafos y la caja que llevaré conmigo. Son los mismos que enterré (enterraré), lo hemos comprobado, pero no son la misma versión. Podría llevarme la carta que desenterré hace años y dejarla allí; no obstante, prefiero volver a escribirla en material nuevo. Me inquieta la idea de un objeto físico sin un

principio ni un fin, aunque sea, relativos, del papel amarillento y agrietado sin pasar nunca por las sierras del envejecimiento.

La carta saldrá exacta, lo sé, porque ya la he leído. La original está oculta, lejos de aquí. Esta mañana la releí por última vez; seguía acabando con un lacónico “no volveré”.

A mi lado, unos altavoces dan paso a la voz de Miguel:

- Empezamos. Buen viaje... ánimo.

El proceso dura nueve minutos. Ya que nunca más podré escuchar la mayoría de la música que me gusta, he pedido un último capricho: saltar con una canción. Los altavoces chasquean un momento, y unos primeros acordes que conozco de sobras me avisan de que el viaje ha empezado. “Comforting sounds”, de Mew; nueve minutos magnéticos, arrebatadores, ciertos, tras los cuales siempre me he sorprendido de no haberme transportado a otro mundo inalcanzable. Esta vez, es evidente, no será así. Qué mejor manera de viajar.

Cierro los ojos. La voz de Jonas Bjerre comienza, sin prisas, a construir el crescendo que me catapultará al otro lado. Poco a poco olvido las máquinas, los técnicos, el público. Me sumerjo en el universo onírico de la banda danesa, tan cercano a mis propios sueños.

Adiós, siglo XXI. Como dirían los delfines, gracias por el pescado. He marcado todo lo que tenía por hacer en mi lista de lo conocido; todo, salvo resolver la incógnita que me espera al otro lado del tiempo. ¿Por qué, por qué no vuelvo? He considerado todas las posibilidades. ¿Acaso el proceso no funciona a la inversa? ¿Acaso no dos veces con el mismo sujeto? Las pruebas que hemos hecho en laboratorio no indican nada similar. Debe tratarse de algún hecho que me impida volver, algo que me deje atrapado en el pasado. ¿Qué me sucede antes de escribir la carta? No negaré que he pensado en lo más aterrador: fallezco antes de poder emprender el viaje de regreso. Me aterra que esta pueda ser la solución al enigma; la miro, simplemente para pasar revista, y me alejo rápidamente.

Aunque... ¿y si fuera una decisión propia? ¿Qué podría motivarme a pasar el resto de mi vida en otro tiempo? Sé que me he condicionado para aceptar los inicios del siglo XX como mi hogar natural, pero esto sólo fue a causa de la carta. En este lugar, en este embalse que no existe sino en mi imaginación, veo que yo mismo he sido mi juez y verdugo. No podía cambiar mi viaje, pero, ¿realmente era eso justificación para vivir siempre en su antesala?

¡Dios mío! ¿Y si he caído en otra trampa de la lógica? Ahora me viene la respuesta, ¡maldito *esprit de l'escalier*! No, subrayo, no existe ninguna razón para que escriba esa última frase en mi carta, salvo que ya la he escrito. ¡Nada me impide regresar! Es otro de esos condenados *jinn*, un absurdo, un bastardo irracional de la lógica de la causa y consecuencia, una profecía autocumplida. ¡Claro que no se puede cambiar el tiempo! Viajaré, redactaré el método, escribiré (estoy obligado a hacerlo) el famoso cierre. ¡Pero nada me obliga a cumplirlo! ¡Qué estúpido he sido!

Puedo volver, a pesar de haber malgastado mi estancia en este tiempo deseando abandonarlo, y dejar de comportarme como una sombra. Por mucho que el tiempo que está por venir exista, seguirá siendo inescrutable para nosotros, por complejo. Añadiré una nota de esperanza a mi periplo: iré en contra de los que muchos llamarían mi “destino”, regresaré, triunfante, heroico, de la dictadura determinista de un tiempo cumplido. Traeré la ilusión de que el futuro no está escrito.

Qué curioso. Me siento relajado, en paz. Descubro que volveré, y este mundo no me parece tan hostil. He hecho las paces con mi pasado, me marchó (ahora sé que con billete de vuelta) con el karma limpio. Después de tantas batallas, tanto rechazo, ¿quién me lo iba a decir? Siento, de forma diáfana, una inconmensurable gratitud por mi vida. Qué afortunado, después de todo. No me han faltado amigos, no me han faltado amores. He conseguido algo que muchos, muchísimos, ansiaron desde dios sabe cuándo. Y mi nombre, tan odiado ahora, quedará para siempre ligado a este descubrimiento. Cuando la tormenta haya pasado, y las personas que nos reemplacen tengan como natural la forma del tiempo que yo destapé, quedaré entre los grandes para siempre. ¡Qué súbita vergüenza, qué timidez! No merezco ese honor, ni de lejos. La Historia, por mucho que me insulten ahora, me acabará tratando demasiado bien. El Primer Viajero en el Tiempo.

La sinfonía que me envuelve me hace soñar un infinito embalse, y yo camino sobre la presa, mirando su superficie tranquila. Sus aguas son mis horas pasadas, mis segundos ya muertos, mis recuerdos sin embargo vivos como el recién nacido. Agradezco mi vida, ¡cuánta paz en este precioso momento!

Sobre el dique, el cielo es límpido; su azul no demasiado encendido, como si no quisiera perturbar tanta quietud. ¡Qué lejos queda todo ahora! ¡Qué trivial el mismo tiempo! Me gustaría poder volver ahora mismo y anunciarlo, decir que no es para tanto, que existimos, y eso basta.

No aguanto la impaciencia. Abro los ojos y tomo el comunicador que me han instalado junto a los altavoces, deseoso por hacer mi promesa: “Esperadme. Voy a regresar”.

Algo anda mal: presiono el botón, pero el micrófono no se activa. Noto algo que sólo podría describir como un retroceso y veo, consternado, que no estoy sujetándolo. Mi brazo no se ha movido. Lo intento una vez más, me muevo, pero en realidad mi cuerpo está firme en su sitio. Trato de caminar, pero tras varios pasos vuelvo a sentir el mismo retroceso y me descubro en el lugar de partida. Es como si me hubiera desconectado. No formo parte de esta realidad, yo me desplazo pero mi cuerpo no me sigue.

Jonas Bjerre termina sus frases y se hace a un lado; el goteo de la guitarra despeja el camino al inminente desbordamiento. Está bien, cálmate, el viaje está en marcha, nada más. Estoy a medio camino, entre dos tiempos. Esto no cambia nada.

Veo a la gente ralentizada. Un destello se abre paso entre la muchedumbre, hay empujones, gritos, alarma, forcejeos. No sé cómo debería describir las sensaciones en este estado... Todos los sentidos se funden en uno, todo lo que capto son, a falta de una descripción mejor, dibujos ondulantes. Percibo el disparo, la bala quebrando el aire, el impacto en mi estómago. Veo caras de asombro cuando no me desplomo. No podría decir si sangro o no; la bala, eso seguro, me ha dado.

La apoteosis final de esta canción que he elegido como última compañera se desborda. La presa estalla, el agua se arroja en furiosa riada, y yo con ella. Mis momentos me arrollan, me arrastran, me retuercen a placer. No hay regreso, nunca lo ha habido: la solución era aquella que más temía. Alguien evita la seguridad y dispara casi a ciegas, consiguiendo herirme de muerte pero sin impedir el salto. Es así como sucede, esto es por lo que no vuelvo del pasado, y no lo he visto venir. En el fondo siempre he sido optimista hasta el final.

No es un fracaso. La música crece, los segundos que he sido pasan junto a mí a toda velocidad, y yo viajo a un punto más allá de las derrotas y las victorias. La gratitud que he sentido al ver el embalse sigue aquí. Otra manifestación de la comprensión tardía: esta serenidad tenía que ser, por fuerza, la del moribundo. No se debía a la renovada esperanza; mis pensamientos, perdida ésta, son los mismos (al fin y al cabo, las aguas que me cubren también). Añado un pensamiento, uno nuevo, por encima de todos: Amie, advirtiéndome (qué inocente), intentando salvarme hasta el final.

Mis ojos están abiertos, el público ya no está ahí. No queda nada, sólo esas ondas, esas formas indescriptibles, enredadas con otras que reconozco como música. Me llevan a mi punto final.

Voy a morir. Me estoy desangrando. Llegaré a mi destino, tendré el tiempo suficiente para escribir mi carta y moriré. Juraría que ha dejado de darme miedo. Soy alguien a quién se le ha concedido un privilegio irrepetible, o mejor dicho, dos: saber cuánto era el tiempo del que disponía, y ver algo asombroso (en toda la magnitud de la palabra) antes de que se me acabe.

Y en cuanto escriba mi última letra, cerraré los ojos para siempre sabiendo que yo, otro yo sin cargas en sus espaldas, naceré en unas décadas, y, al menos por un tiempo, no volveré a ser un fantasma.